

pándose á los árboles con más ligereza que una ardilla, para tirarles á las niñas los chabacanos más grandes y las peritas más maduras.

Así permanecieron jugando y divirtiéndose como hasta la una y media del día, á cuya hora mandó poner las mesas el señor cura y trató de que fueran todos á comer. Fácil es conocer que las muchachas llegaron muy cansadas de retozar, muy coloradas por el sol y el ejercicio, y las más con alguna avería; porque unas llegaban con los túnicos rasgados, otras con los zapatos llenos de lodo, ésta con un brazo raspado, aquélla con la peineta hecha pedazos; pero todas llenas de risa, sudando y rebosando la alegría por todas partes.

El señor cura las recibió con mucho agrado, y después de que todos nos sentamos á la mesa, decía el coronel:

—Vea usted con disimulo cuánto gusto tienen estas niñas y qué contentas han estado. Ciertamente que si todas las señoritas de la ciudad tuvieran proporción de divertirse siquiera cada ocho días de esta manera, padecerían menos flatos é histéricos que los que padecen. El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales es mucho más provechoso para la salud y más inocente en lo moral que los bailes que apadrinan por lícitos muchas personas. Pues, hablo de los bailes en general, que en lo particular ya sabemos que puede haber bailes

donde se junten la honra y el provecho; pero el campo, el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y de la inocencia.

De esta manera alternaron sus conversaciones, ya serias, ya jocosas; pero todas instructivas é inteligibles á aquellos pobres rústicos que nos acompañaban; y luego que se concluyó la comida, dió gracias á Dios el eclesiástico de quien hablamos en el capítulo VIII, que se llamaba don Jaime; seguimos conversando un poco más por sobremesa, y después fuimos cada uno tomando nuestro sofá ó canapé de los muchos que había debajo de la sombra de los árboles, y nos acostamos á reposar la siesta.

A las cuatro nos sirvieron café y chocolate, y subimos á la vivienda del párroco; allí se aguardó á los demás de la comitiva, mientras que el coronel, su esposa, su hija, la familia de doña Eufrosina y yo fuimos á dejar á los novios y sus padres á su casa, después de dar al cura los más justos agradecimientos.

Luego que llegamos á la pobre habitación de estas buenas gentes, le dijo el coronel á Pascual que nada le debía de los veinticinco pesos que le había pedido, y este sencillo labrador le dió mil gracias por tantos favores, sintiendo al mismo tiempo la droga que á su parecer tenía contraída con el cura, y añadía:

—Ya yo estoy vendido y Culás, cuando menos para dos años, pos si sólo por el casamiento me ha llevado



quince pesos el señor cura, ¿cuánto nos llevará por todo el gasto que ha hecho agora?

—Nada te llevará, le respondió el coronel, porque todo el gasto ha sido mío y la disposición ha sido suya; lo que debemos todos agradecer, porque ninguna obligación tenía de hacerlo. Entonces redobló sus expresiones Pascual y todos los suyos, confesándose esclavos del coronel, de su familia y de su cura. El fervor con que prorumpía aquella buena gente sus agradecidas expresiones, manifestaba que las decían de corazón, y el alegre semblante con que el coronel las escuchaba, daba á entender que estaba satisfecho de su sinceridad; ¡ya se ve! que los beneficios que se hacen á los pobres, como que van desnudos de interés, por lo común se perpetúan en sus corazones para el agradecimiento.

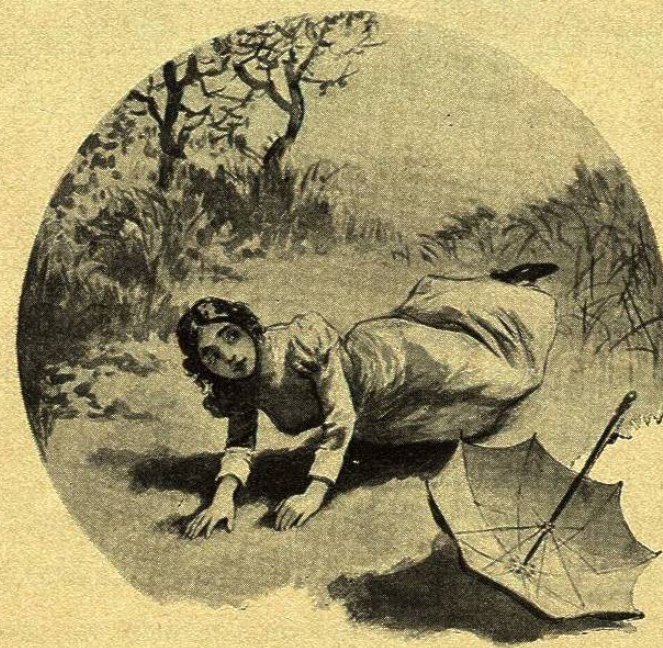
En fin, llegó la hora de despedirnos. Todos abrazamos á los novios y les felicitamos su enlace con palabras más sencillas; pero Pomposita, acordándose de su genio cortesano pedantesco, dijo á María Antonia:

—Me alegraré de que disfrute usted el amable consorcio de su esposo los años de Néstor, con la paz del tiempo de Augusto César Octaviano.

Atónita se quedó la pobre ranchera con esta arenga, que entendió lo mismo que si se la hubieran dicho en griego. Doña Matilde y Pudenciana hicieron por disimular la risa, y no pudiendo, volvieron los rostros á

otro lado y se taparon la boca con los abanicos; esto lo advirtió la payita, y pensando que se reían de ella, se acortó más, y le dijo á su madrina:—¿Y agora qué digo yo? porque maldito lo que entiendo á esta niña.—Dile que viva mil años, le respondió el coronel. Lo dijo así, se repitieron los abrazos y nos marchamos para la calle.

Cerca de las oraciones de la noche llegamos á las casas curales, donde nos sirvieron el refresco, y concluido, nos despedimos del señor cura y regresamos á esta hermosa capital, adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.



LA QUIJOTITA. — 99.